

Ocho tesis sobre la crisis del «socialismo real»

Löwy, Michael

1.- No se puede morir antes de nacer. El comunismo no está muerto por la sencilla razón de que aún no ha nacido El socialismo tampoco. Eso que la derecha llama «Estados Comunistas», y la doctrina oficial del Este «Socialismo realmente existente», constituyen un conjunto de sociedades postcapitalistas que han abolido la propiedad privada de los principales medios de producción, pero que están aún muy lejos del socialismo, es decir, de una sociedad donde los productores asociados son los dueños del proceso de producción, una sociedad fundada sobre la más amplia democracia y sobre la autogestión económica y política, una sociedad liberada de toda explotación y opresión de clase, de etnia o de sexo.

2.- Eso que la prensa reaccionaria o liberal llama la «muerte del comunismo» - expresión periodística superficial, que busca legitimizar la ideología dominante - replantea un hecho real: la profunda crisis de las formas autoritarias y burocráticas de transición al socialismo, nacidas del modelo estalinista establecido en la URSS entre los años 20 y 30. El fabuloso movimiento democrático de millones de obreros y estudiantes chinos y su brutal represión militar por la gerontocracia en el poder - bajo la dirección de ese gran amigo de los Estados Unidos y promotor de la «modernización económica» Deng Xiao Ping - es la expresión más visible de esta crisis que se manifiesta, de manera diferente, en cada sociedad postcapitalista: derrota electoral espectacular del POUP polaco, crisis de la hegemonía P.S.O.H. en Hungría (del CED en la RDA), etc. El grotesco despotismo totalitario de un Ceausescu, la resistencia conservadora de los regímenes autoritarios de Checoslovaquia y de la RDA - para no hablar de esos islotes arqueo-estalinistas que son Albania y Corea del Norte - son incapaces de impedir el desarrollo, tarde o temprano, de movimientos contestarios democráticos. Lo que está moribundo y se dedica a morir no es el «comunismo» sino su caricatura burocrática: el monopolio del poder por la nomenklatura, la dictadura sobre las necesidades, la economía de imposición.

3.- Esta crisis se manifiesta también - pero de manera más positiva - en la URSS: después de muchas décadas de hundimiento burocrático, se asiste a un vigoroso proceso de desmantelamiento de la herencia estalinista, donde el motor es la dialéctica entre las reformas por lo alto - promovidas por Gorbachov y su equipo - y el movimiento democrático por la base: los frentes populares, los clubes ecológicos,

socialistas y reformadores, la movilización de las naciones periféricas. La política de reformas de la nueva dirección soviética (perestroika) está llena de contradicciones, combinando una apertura democrática notable (glasnost) con reformas económicas de mercado que ponen en peligro las conquistas de la clase obrera, con iniciativas muy positivas de desarme, pero también con tendencia a reducir sustancialmente el apoyo a las revoluciones del Tercer Mundo.

4.- En la lucha política y social que se desarrolla en la URSS y en las otras sociedades postcapitalistas - tanto en el seno de la nomenklatura como en la sociedad civil - muchas alternativas se confrontan, en búsqueda de «vías de salida» al modelo estaliniano: a) Conservación del viejo sistema arreglado y «modernizado» (por ejemplo la actual vía checa); b) el mantenimiento del sistema político autoritario - esto es, la dictadura burocrática - combinado con reformas de mercado bastante profundas (modelo Deng-Xiao-Ping); c) la democratización relativa de las estructuras políticas y la introducción de mecanismos de mercado en la gestión económica (URSS, Polonia, Hungría); d) una democratización a lo occidental y el restablecimiento integral de la economía de mercado (programa de un partido de la oposición, y puede ser también del partido, especialmente en Polonia y Hungría); e) la democratización general del poder político y una planificación democrática de la economía, fundada sobre la autogestión (programa de sindicalistas y opositores socialistas del partido). El futuro de esta confrontación está lejos de ser decidido.

5.- Contrariamente a lo que afirman al unísono y con alegría la prensa liberal, los economistas burgueses y los gobiernos occidentales, el capitalismo, la economía de mercado y el sistema de ganancias no constituyen la única alternativa posible a la catástrofe de la «economía de imposición» - esto es, de la planificación burocráticamente centralizada - que existe en los países postcapitalistas. Tertium datur: existe otra vía, la de la democracia socialista, es decir, la autogestión generalizada (de la base hacia arriba), la planificación democrática por la sociedad misma, que determine libremente, después de un debate abierto y pluralista, las principales alternativas económicas, las prioridades en la inversión, las grandes líneas de la política económica.

6.- Contrariamente a lo que afirma cierto número de economistas y de dirigentes reformistas de los países del Este, no hay ningún lazo directo y lógico entre reformas económicas de mercado y democracia política, «libertad» económica y libertad política. La China de Deng-Xiao-Ping acaba de dar un mentís contundente a esta doctrina. Esa respuesta muestra que si las reformas de mercado puede resolver transitoriamente ciertos problemas creados por la planificación burocrática, crean

problemas nuevos igualmente graves: desempleo, éxodo rural, corrupción, altos precios, desigualdades sociales crecientes, regresión de servicios sociales, criminalidad en ascenso, sumisión de la economía a los capitales imperialistas y a la imposición de los bancos internacionales.

Llevadas a término, amenazan con reducir a polvo las principales conquistas de los trabajadores: garantías de empleo, mínimo vital asegurado, etc.

7.- Las fechorías y crímenes cometidos a nombre del comunismo y del socialismo por los regímenes burocráticos de las sociedades postcapitalistas (desde las purgas sangrientas de los años 30 hasta la invasión de Checoslovaquia en 1968 y la Afganistán en 1979) han dañado gravemente la idea misma de un futuro socialista y favorecido la adhesión a la ideología burguesa de sectores significativos de la población, tanto en el este como en el oeste. Sin embargo, la aspiración a una sociedad libre e igualitaria, a una democracia socialista y a la autogestión, están profundamente enraizadas dentro de los trabajadores, en ambos lados de las fronteras entre los bloques. Desde este punto de vista, el socialismo y el comunismo no como estados pretendidamente «existentes» sino como programas que inspiran después de siglo y medio el combate liberador de las clases explotadas y de los grupos oprimidos del mundo entero, no solamente no están «muertos» sino que conservan la más viva actualidad.

8.- Hoy más que nunca el comunismo debe ser la «crítica implacable de lo que existe». En oposición, las ideologías apoloéticas del orden establecido, los discursos «realistas» de legitimación del mercado capitalista o de la dictadura sobre las necesidades, el comunismo encarna el principio de la esperanza, la utopía concreta de una sociedad emancipada. Pero no existe aún una respuesta completamente clara para los problemas de la transición al socialismo: ¿Cómo combinar la democracia representativa y la democracia directa? ¿Cómo articular la planificación democrática con las supervivencias inevitables del mercado? ¿Cómo conciliar el crecimiento económico con los imperativos ecológicos? Nadie puede pretender el monopolio de la verdad: estas cuestiones - y muchas otras semejantes - demandan un debate pluralista y abierto, un proceso de aprendizaje recíproco.

Opción N°- 18, Bogotá, 5/12/89

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.